

de ellos por su disposicion natural, su amor á las letras y su constante aplicacion al estudio hubieran igualado, ó tal vez excedido á los sabios que han parecido ántes de ellos, y á los que se han formado despues.

ARTICULO III.

Estado del christianismo en las diversas regiones del mundo.

Hemos visto ya á los persas armados contra el imperio, llevando la desolacion á todas partes, y sometiendo las provincias orientales baxo el reynado de Focas, y en los primeros años del de Eraclio: los estragos y las crueldades que cometieron en la Siria, en la Capadocia, en el Egipto, y sobre todo en la Palestina exceden á quantas se refieren de los pueblos mas feroces; Eraclio por una serie de victorias abatió su orgullo, encerrándolos, como dexamos dicho, en sus antiguos límites. Ademas de la paz que este príncipe restituyó al imperio por el tratado ventajoso que concluyó con Siroes, hijo y sucesor de Chósroas II. implacable enemigo de los romanos, uno de sus mas preciosos frutos de sus triunfos fué el recobro de la cruz del Salvador: el nuevo rey de Persia la restituyó al emperador en el mismo estado que habia sido robada en Jerusalem baxo el imperio de su padre; en nada se le habia tocado, lo que conoció Zacharias, patriarca de Jerusalem, por la integridad de los sellos que estaban perfectamente conservados. No habia Dios permitido que estos idólatras, cuyo furor no perdonó ni á los obispos, ni á los anacoretas, ni á las vírgenes, llevasen su impiedad hasta profanar el sagrado leño, sobre el qual Jesu-christo habia sacrificado su vida por la salud del género humano. El emperador Eraclio quiso recibir él mismo este monumento precioso, encargándose de conducirlo en persona á Jerusalem. El dia en que executó este piadoso designio fué un dia de triunfo para la religion, y de júbilo para los fieles. El patriarca recibió la cruz de manos de Eraclio, y despues de haberla adorado, la expuso solemnemente á la veneracion del pueblo, volviendo á colocarla en el lugar decoroso que le estaba destinado. La memoria de este suceso se celebra desde

entónces con ceremonias que reproducen á la vista las circunstancias mas interesantes para la piedad.

A pesar de todo esto, el christianismo no cesaba de ser agitado por las diferentes sectas que suscitaban desde tan largo tiempo una cruel guerra en el seno de la Iglesia. A estos males, tanto mas lastimosos, quanto mas antiguos por las profundas raices que habian echado, se agregaron otros de nuevo, cuyos efectos no fueron ménos funestos. Un nuevo error, renuevo de los que habian turbado la Iglesia en los siglos anteriores, vino á cubrir de nuevas tinieblas las verdades que habian costado ya tantos combates. Nosotros exâminarémos por menor en artículo separado, y hallaremos allí baxo diferentes colores los mismos caracteres que ya en los otros hemos delineado; porque la heregia siempre es semejante á sí misma en los puntos esenciales, por muy diestra que sea en variar las formas exteriores, baxo las quales se manifiesta. Basta decir en este lugar que el monotelismo agitó mas que nunca los disturbios y las divisiones en la Iglesia de Oriente. Muchos patriarcas de Constantinopla, entre otros Sergio, Pirro, Paulo II. y Pablo III., contribuyeron al progreso de la nueva heregia por el crédito de su dignidad, y dos emperadores Eraclio y Constante la protegieron con todo su poder. Podrémos admirarnos á vista de esto de que una multitud de católicos de todas clases y profesiones se hayan dexado arrastrar del ímpetu de esta tempestad? Pero no anticipemos lo que debemos referir bien presto con la individualidad que exige la importancia del asunto.

Un suceso no ménos infausto para el christianismo en general, y en particular para la Iglesia de Oriente, ocurrió en los primeros años de este siglo, y sus efectos fueron arrebatár á la religion todos los países en que mas habia florecido. Ya se sabe queremos hablar de la impostura de Mahoma y de sus maravillosos progresos; pero este asunto merece tambien ser tratado en un artículo separado: solo hemos hablado aquí de esto por seguir el orden de materias, y por dar una completa idea del estado tenebroso en que el christianismo se sepultó casi de repente en las bellas regiones que los primeros siglos habian visto iluminadas con una luz tan pura. Nos contentaremos, pues, con observar aquí que en ménos de cinco años tres de los quatro grandes patriarcas del Oriente recibieron las leyes musul-

manas, y se vieron cubiertos de las tinieblas del islamismo. Jerusalem, la cuna de la fe, cedió la primera á las armas de los califas en 636. Antioquia tuvo igual suerte en 638, y Alexandria fué sometida sucesivamente baxo el yugo de estos rápidos conquistadores en 640. De este modo castigaba Dios á los orientales por aquel espíritu de contradicción, inquieto y sutil, fuera de propósito, por aquella curiosidad temeraria que habia producido tantas heregias, y aquellas disensiones crueles que habian hecho á los christianos mas perjudiciales á su religion, y mas enemigos de sus hermanos que los bárbaros y que los gentiles.

La Iglesia de Africa que ha mostrado tanto valor, tanto sufrimiento en los tiempos de persecucion baxo los emperadores idólatras y los príncipes arrianos, tanta prudencia y caridad durante el cisma de los donatistas, tanta adhesion á la fe y zelo en defenderla en el asunto de los pelagianos, que habia producido tantos hombres grandes por todos caminos, tantos santos obispos, tantos ilustres confesores, tantos escritores célebres, entre otros san Agustin, que solo vale por muchos, perdió tambien todo su esplendor como en un instante hácia el fin del presente siglo. Despues de varias tentativas se estableció allí finalmente el mahometismo el año 695, y habiendo inmolado ó sometido á la espada del vencedor todo lo que se resistia, no se vuelve á encontrar desde esta época funesta algun rayo de la viva luz que habia iluminado por tanto tiempo la patria de los Ciprianos y de los Fulgencios.

Mucho fué menester para que la Iglesia de Italia gozase de una situación tranquila, baxo el dominio de los reyes lombardos. Ademas de que profesaban el arrianismo, como se sabe, estaban en una continua guerra con los romanos que restaban, por extender su dominacion, y reducir la de los exárquos á límites cada vez mas estrechos. Como incesantemente vivian expuestos, tanto de una como de otra parte á incursiones y estragos, era preciso estar siempre sobre las armas para rechazar los ataques imprevistos de que recíprocamente estaban amenazados. Estos temores, estos movimientos, estas hostilidades que cada día agitaban con tanta violencia la república, no eran menos contrarias á la sociedad christiana. A pesar de esto los papas, entre los quales se vieron muchos realmente dignos de ocupar la santa Sede, trabajaban con un zelo prudente, y

muchas veces afortunado en sostener la gloria de la religion. Sus decretos no se ceñian á los estrechos límites de la Italia ni de las Galias católicas, enviaban misioneros al norte de la Europa; como luego diremos, para alumbrar con la luz de la fe las naciones aun entregadas al culto de los ídolos. Así el papa Sergio bautizó por sí mismo un rey de los saxones occidentales de Inglaterra que habia abrazado la fe por la predicacion de los misioneros, cuyo ejercicio autorizaba la santa Sede. Aunque dirigian sus miradas á estos distantes climas, no por esto se descuidaban en remediar los males que en algun modo tenian á su vista. Así el papa Honorio, de quien mas de una vez tendremos ocasion de hablar quando se trate de los monotelitas, tuvo el mérito de reunir á la Iglesia toda la Istria que vivia habia 70 años en el cisma que el asunto de los tres capítulos habia suscitado.

A pesar de los disturbios interiores que despedazaron la Francia durante este siglo, en primer lugar por un resto de autoridad que la Reyna Brunequilla conservó baxo el nombre de sus nietos, y despues por la rivalidad de los príncipes que dominaban sobre las diferentes partes del reyno que Clodoveo habia fundado, y en fin, por la debilidad de los reyes desidiosos, y el poder usurpado de los maires ó gobernadores de palacio, la iglesia Galicana continuaba siendo la mas bella porcion del imperio christiano en Occidente. Habia perdido algo de su lustre, y la falta de luces se hacia sentir allí como en las demas regiones en que se profesaba el Evangelio, en donde los hombres no tenian aquel caracter de simplicidad noble y de gravedad que impresionaba, y que se admiraba entre los primeros christianos. Sin embargo, poseia aun un gran número de santos obispos, que desempeñaban con zelo y buen éxito las obligaciones del ministerio pastoral. Muchos habian obtenido en el mundo empleos importantes; y la estimacion que se habian grangeado, y el crédito que en ellos habian adquirido servian para dar mas realce á los ojos del pueblo, á la dignidad santa de que estaban revestidos, y á hacer su ministerio mas eficaz. Tales fueron san Eloy de Noyon, san Oüen de Rouan, san Arnaldo de Metz, san Diciro de Cahors, san Legero de Auctun y otros muchos. La mayor parte estaban instruidos en las ciencias eclesiásticas, y eran hombres literatos quanto po-

dian serlo en el tiempo en que vivian. El lugar que habian ocupado en la corte les daba mas crédito respecto del rey, despues de su elevacion al episcopado; estos príncipes les consultaban freqüentemente sobre los negocios del estado, y obtenian muchas gracias en favor de la Iglesia, de los monasterios y de los pobres. Como ademas habian sido grandes señores y de los mas ricos y opulentos, disponian de sus quantiosas rentas dotando con ellas las Iglesias, cuyas sillas ocupaban, y los monasterios que habian fundado, como ya hemos visto, de san German de Auxerre, y de san Remigio de Reims en el siglo quinto. De ahí proceden en parte los vastos dominios y las tierras vinculadas que los obispos y los cabildos poseyeron, y de que muchos aun gozan. Los reyes de esta primera rama, aunque casi todos viciosos é insolentes la mayor parte, principalmente los que subieron al trono despues de Clotario II. y Dagoberto I. protegian ordinariamente á estos virtuosos prelados en todo lo que no tenia relacion con sus pasiones ó con sus vicios. Este apoyo de la autoridad soberana, junto con el zelo de los obispos por la pureza de la fe, contribuyó mucho á preservar la iglesia de Francia del veneno del error. Esta es una gloria de que gozaba entónces, y que ha conservado en todos los tiempos; expuesta como las demas porciones de la herencia de Jesu-christo á los impuros hábitos de la heregía, jamas la impostura ha hecho en ella sino débiles progresos, y aunque tuvo apariencias de buen suceso por algun tiempo á favor de ciertas circunstancias de que supo diestramente aprovecharse, bien breve las dos potestades se reunieron con un mismo interes arrojándola para siempre de su seno. No habiendo otra diferencia á este respecto entre los siglos oscuros y los ilustrados, sino la mas ó ménos actividad en las medidas que se tomaron segun los tiempos para extirpar el error, y segun las luces en los motivos sobre que se apoyaron los decretos que se han producido contra ella.

La piedad de los reyes y de los grandes del estado era excitada por las conversiones ruidosas que se veian de quando en quando en la corte, y por los milagros que no eran raros á pesar de las exâgeraciones que con razon se echan en cara á los autores de las leyendas. Estos sucesos cuya impresion se fortificaba con las preocupaciones del siglo, disponia á todos los que tenian parte en el go-

bierno á proteger la religion contra todos los enemigos de sus dogmas y de su culto. Hacia el fin de este siglo, habiendo los descendientes de Clodoveo sepultándose en la indolencia y en un olvido total de su deber; los grandes dispuestos á elevarse sobre sus ruinas tuvieron motivos personales de congraciarse con los obispos, y de empeñarlos en su favor, porque tambien ellos eran grandes, y influian como tales en la suerte de la nacion. Con todo no era esto sino por respetos políticos que se apoyaban en la ambicion, y faltaba mucho para que aquellos, cuyos pasos dirigian, fuesen christianos edificantes en su conducta, como veremos en el artículo de las costumbres generales y de la disciplina. Pero era mucho para estos tiempos de obscuridad que la fe se conservase pura, y que la autoridad espiritual fuese respetada.

En España el piadoso rey Recaredo habia trabajado durante un reynado apacible y glorioso en el restablecimiento de la religion católica. Era liberal con las iglesias á causa de los pobres de que estaban encargadas, porque la ignorancia y la corrupcion no habian aun llegado al punto de hacer olvidar el derecho de los menesterosos á las rentas de la Iglesia. La muerte de este príncipe fué tan edificante como su vida. Sus sucesores, aunque sin sus virtudes y su piedad, no dexaron de concurrir con los pastores á la extincion del Arrianismo, y á sostener con su autoridad los decretos pronunciados contra el error. Llegando las precauciones y el zelo á este respeto, hasta decidir solemnemente en el sexto concilio de Toledo, que en lo sucesivo ningun príncipe pudiese ser elevado al trono que ántes no hubiese jurado en presencia de los obispos y de los grandes conservar la fe católica. Este sabio reglamento y otros muchos no ménos útiles, han hecho célebres hasta nuestros dias los concilios que se congregaron en España durante este siglo, en especial los de Toledo, metrópoli eclesiástica de las provincias sujetas al dominio de los visogodos de la parte de acá de los Pirineos. Esto era obra de los santos obispos que ocupaban las primeras sillas de España en los tiempos de que hablamos, y otros personajes ilustres por sus virtudes que esta iglesia poseia. San Isidoro en Sevilla, san Eugenio y san Ildefonso en Toledo, y san Fructuoso en Braga, eran su ornamento; y su santidad conciliaba la veneracion del pueblo con la reli-

gion que la producía. Nada prueba mejor el grado sublime de autoridad de que gozaban los obispos, y el influxo que tenían sobre la nación, que el modo con que se condujeron respecto del Rey Wamba. Este príncipe había incurrido en muchas faltas escandalosas que no había reparado, aunque muchas veces advertido de ellas (a). Enfermó, pues, y perdió el conocimiento en estas circunstancias el obispo de Toledo; le impuso la penitencia y le vistió de monje; volvió en sí, y recobró la salud; pero se juzgó que estaba obligado á quedar en este estado: llegó él mismo á creerlo, y renunció para siempre la corona. Esta es la única vez que se ve en la historia descender un rey de su trono en virtud de un juicio eclesiástico (b).

La misión de san Agustín arzobispo de Cantorberi, entonces Doroverne, había producido frutos abundantes. Su sucesor y los demás operarios evangélicos que habían empleado su zelo en la conversión de los idólatras, trabajaron con buen éxito en el acrecentamiento de esta Iglesia que nacía. Si la muerte de este santo rey Ethelberto, sucedida

(a) Es una manifiesta y atrevida calumnia, pues lejos de faltas escandalosas no se leen en la historia de este gran rey, escrita por san Julian, primado de Toledo, y su contemporáneo y vecino, sino acciones edificantes, virtudes altas, y algunas en grado heroico, ya se considere como hombre, como cristiano, ó como príncipe y monarca. Desde luego aparece como un palatino anciano y venerable, lleno de moderación hasta resistirse á recibir la corona, que con el mayor aplauso le ofrecieron. Véase su probidad, su gran piedad con Dios, con sus santos y sus templos, su prudencia civil y militar, su vigilancia en el gobierno por la seguridad de la patria y sobre la disciplina de la tropa, castigando las tropelías é injusticias para tener al cielo propicio en sus justas expediciones, así terrestres contra el traidor Pablo y demás sublevados en la provincia tarraconense y en la Galia gótica, como marítimas contra los musulmanes en las costas de nuestro Mediterráneo. El Biclarense le califica de hombre lleno de piedad y de fe, y el concilio XI. de Toledo le llama *nuevo restaurador de la disciplina eclesiástica*; de modo que los autores de aquellos tiempos no hablan de este gran rey sino con elogio. Luego cuáles son las acciones escandalosas que no quiso reparar, según escribe Ducreux? A menos que quiera calificar de tales las insignes victorias que con su gran valor y prudencia militar consiguió en la Galia gótica, Narbona, Beciers, Magalona, Nimes, &c. y haber traído presos á las cabezas de la rebelión, y entrado en ellas como en triunfo en Toledo. Pero aun en esto mismo resplandecen las virtudes de Wamba, su justificación en las formalidades con que se les hizo el proceso, y su moderación y clemencia en la mitigación de los castigos que por las leyes godas correspondían á los reos.

(b) Mas adelante advertiremos que el rey Wamba no fué despojado del trono en virtud del juicio eclesiástico que supone el autor, con lo demás acaecido en el particular.

el año de 616, fué una pérdida sensible para ella; si haber vuelto su hijo Ebaldo al culto de los ídolos, como tambien un número de nuevos christianos que arrastró con su caída, fué un acontecimiento lastimoso para los hombres apostólicos que se habían dedicado á esta obra penosa y llena de gloria; la conversión de este príncipe y su adhesión, acompañada de zelo por la religion, que segunda vez le recibía en su seno, consolaron á los pastores, y consolidaron á los pueblos en la fe que acababan de abrazar. Eduino rey de Northumbre, el mas poderoso de los que entonces reynaban en Inglaterra, dió algunos años despues un espectáculo muy interesante para todos los que se interesaban en los progresos del christianismo. Su conversión, seguida en breve de la de casi todos sus vasallos, fué acompañada de circunstancias que le dieron mas esplendor, y que la hicieron un verdadero triunfo para la verdad. Tuviron parte en ella Eldeburga, hermana del rey Ebaldo, princesa de una gran piedad, y san Paulino despues obispo de Iork. Eduino pidió á Eldeburga en casamiento; esta princesa y el rey su hermano consintieron en ello, á condición de que el rey de Northumbre abrazaría la religion católica; este príncipe consintió con tal que esta religion que se le proponía se juzgase la mas santa y mas digna de Dios por los hombres sabios y prudentes que sobre ella arguyesen con Paulino. Esto se hizo con toda la madurez que exigía aquel importante asunto. El pontífice idólatra, que sostenía contra Paulino la causa del paganismo, convencido el primero por sus razones fuertes y luminosas del santo misionero, se glorió de confesarse vencido, y rindiendo homenaje á la divinidad del christianismo, declaró que conocía despues de mucho tiempo la futilidad de los ídolos, y que su corazón deseaba hallar la verdad que Paulino acababa de manifestarle.

Eduino, penetrado de esta confesion, recibió el bautismo con toda la grandeza y la mayor parte de su pueblo. Este suceso tan glorioso para la fe, como de consuelo para la Iglesia, acaeció el año 627. La religion católica se extendía con igual rapidez en los demás reynos de la Heptarchía, á pesar de los obstáculos que encontraba, ya por parte de los príncipes, que temían por una falsa política dar entrada á una religion que sus vecinos enemigos naturales y competidores de su poder habían abrazado, ya

por parte de los pueblos; que estaban adheridos al antiguo culto por una educación preocupada y una habitual adhesión. De este modo las provincias orientales, y los habitantes de las tierras interiores, los pueblos cuya capital era Londres, y diferentes comarcas de la Escocia, se sometieron al yugo del Evangelio. La nación de los mercianos, que siempre se había mostrado la más opuesta á la verdad, siguió estos buenos exemplos; y varios reyes, como fueron Oswaldo, Osowino, Ercómberto, Penda, Sigeberto, Osuino, Eldewalto, y Walfero, profesaron á lo ménos el mismo amor á la Iglesia que los obispos, y el mismo zelo por su engrandecimiento. La mayor parte de las sillas de Inglaterra y de Escocia deben su origen á estos tiempos de favor y de liberalidad. En Irlanda florecían la religión y la piedad; y esta isla proveía á sus vecinos de hombres eloqüentes y santos, que acababan con sus milagros lo que habían empezado por sus discursos.

El norte de la Europa, y la parte de las Galias que bañan el Escalda, el Mosa y Rhin, estaban aun sumergidas en las tinieblas del paganismo. Un gran número de misioneros, educados en los monasterios de Francia y de Inglaterra, llevaron la luz del Evangelio á aquellos remotos climas en que todavía Jesu-christo no era conocido. Varios obispos, como san Wilfrido de York, san Amando de Terrouvana, san Wulfrando de Sens, san Livino y san Kilieno de Irlanda y otros muchos se dedicaron á este ministerio apostólico. Por sus trabajos adquirió la religion los pueblos de la Frisia, del Hainault y varios distritos de la Flandes. La Baviera, la Saxonia, la Dinamarca y otras regiones septentrionales abrazaron asimismo la fe, reparando las pérdidas que el christianismo sufría en Oriente por la seducción de Mahometo y el ciego fanatismo de sus sequiaces.

ARTICULO IV.

Pontificado de san Gregorio el Grande.

Aunque este artículo invierte algun tanto el orden de los tiempos, hemos juzgado conveniente colocarle aquí, á causa de que el pontificado de san Gregorio hace en algun modo una época distinguida en la historia de la Iglesia, que

divide los siglos florecientes, de que fué como el postrer rayo de luz de los tiempos de obscuridad, que luego nos veremos precisados á recorrer. San Gregorio, que por su talento superior, eminentes virtudes y continuos trabajos, y por un pontificado glorioso mereció tan justamente el renombre de Grande, nació en Roma de una familia ilustre y opulenta hácia mediados del siglo sexto. Su padre Gordiano, que era senador, renunció los honores del mundo, y se consagró al servicio de Dios entrando en el clero; y se cree que fué uno de los siete diáconos regionarios de la Iglesia romana. Llamábanse *Regionarios*, porque estando dividida Roma en siete regiones ó cuarteles, cada uno de ellos estaba encargado de cuidar de los pobres y hospitales de una de estas regiones. Destinado Gregorio por su nacimiento para los primeros empleos de la república, le instruyeron en las ciencias y artes liberales desde su más tierna edad, y muy luego sobrepujó á todos los hombres hábiles que habia en Roma en la lectura y en el conocimiento de las leyes, por su buen ingenio, su viva y pronta comprehension, y su aplicacion al estudio. Se había dedicado particularmente á las leyes porque era la parte más necesaria para los que se preparaban para la magistratura; y segun se ve por muchas de sus cartas, había hecho grandes adelantamientos en este ramo de estudio propio de un magistrado. Luego que llegó á la edad fixada por la legislacion para entrar en los cargos públicos, fué elevado al de pretor de Roma, que era el principal magistrado para los negocios civiles. Hallábase exerciendo este empleo con luces é integridad, quando perdió á su padre; por cuya muerte quedó por único poseedor de los inmensos bienes de su familia, y formó el designio de dexar las grandezas del siglo, y entregarse á una vida retirada y penitente: sus riquezas las empleó en fundar seis monasterios en Sicilia, á los quales dió tierras y rentas para la subsistencia de los religiosos que se reuniesen en ellos. En Roma fundó otro en su propia casa, y es el monasterio de san Andres, que hoy existe ocupado por los camandulenses, en donde se conserva su retrato con los de su padre y su madre, que fueron pintados en su tiempo. Escogió para su retiro este monasterio, viviendo en él dado á la mortificacion, al estudio y á la oracion, hasta que el papa Benedicto I. le sacó de allí para agregarle al servicio de la iglesia de